

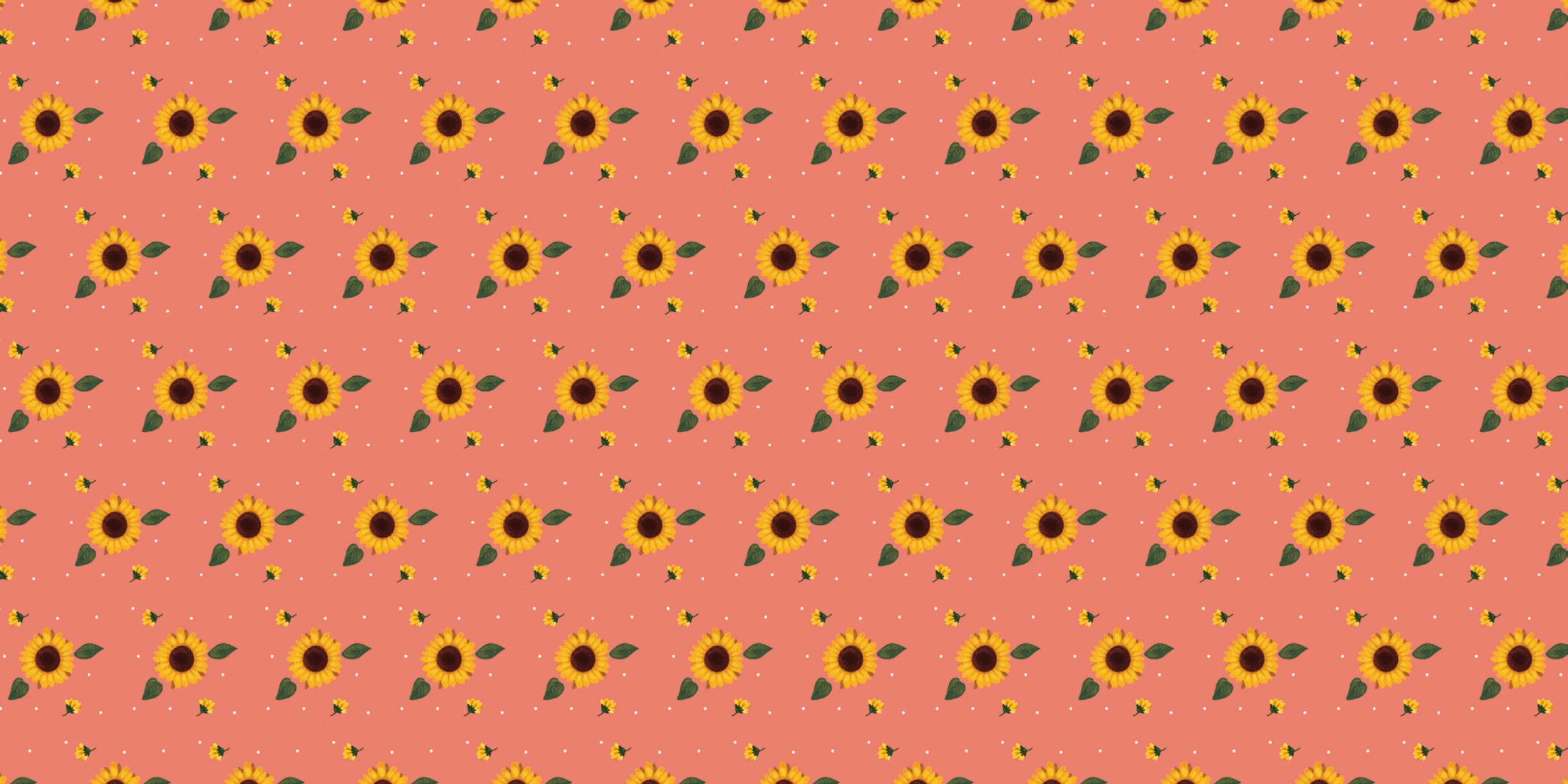
Girasoles para la abuela



MUSEO
Casa de la Memoria



Alcaldía de Medellín
Distrito de
Ciencia, Tecnología e Innovación



Fondo Editorial Museo Casa de la Memoria

Distrito Especial de Ciencia,
Tecnología e Innovación de Medellín

© de la presente edición:
Museo Casa de la Memoria

ISBN: 978-628-96520-6-2
Primera edición: diciembre, 2024

Dirección:
Luis Eduardo Vieco Maya

Coordinación editorial:
Juan Fernando Jaramillo Montoya

Equipo de educación y pedagogía:
María Clara Ramírez Gómez
Jessica Sepúlveda Arbeláez
Santiago Restrepo Vélez
Susana Velásquez Velásquez
Juan Fernando Jaramillo Montoya

Ilustraciones:
Daniela Esquivel Hincapié

Corrección de estilo:
Daniela Perrone Martínez

Diseño y diagramación:
Daniel Cano Jaramillo

Profesional en planeación:
Carlos Ignacio Bernal Yong

Calle 51 # 36–66, parque
Bicentenario
Medellín, Colombia
Teléfono: (604) 520 20 20
www.museocasadelamemoria.gov.co

Queda prohibida la reproducción total o fragmentaria de su contenido sin autorización escrita del Museo Casa de la Memoria. Así mismo, se encuentra prohibida la utilización de las características de una publicación que puedan crear confusión. El Distrito de Medellín dispone de marcas registradas, algunas de estas citadas en la presente publicación, las cuales cuentan con la debida protección legal.

Toda publicación con sello Alcaldía de Medellín es de distribución gratuita.





Girasoles para
la abuela

Mi nombre es Sofía. De niña vivía en un pequeño pueblo rodeado de colinas verdes y campos de flores. Tenía una relación muy especial con Abue, mi abuela, la mujer más cariñosa que he conocido en mi vida. Era una mujer llena de sabiduría y paciencia, siempre con una sonrisa en el rostro, especialmente, cuando miraba fotografías de girasoles.

Recuerdo que observaba a mi abuela con curiosidad y ternura. Me encantaba ver cómo sus ojos brillaban de alegría al contemplar las imágenes de esos grandes y radiantes girasoles. Sin embargo, no dejaba de preguntarme: ¿Por qué la Abue ama los girasoles? ¿Por qué los mira en fotografías? Imaginaba muchas razones hermosas y mágicas para este amor, pero nunca me hubiese imaginado la verdad.



Una mañana decidí que quería hacer algo especial para ella. Me levanté temprano y fui al vivero del pueblo.



Allí, don Pepe, el dueño, me recibió con amabilidad.
—¡Buenos días, Sofía! ¿Qué te trae por aquí tan temprano?

—Quiero muchas semillas de girasol para mi abuela
—le respondí—. Pero es una sorpresa. ¡No le puede decir nada!

Don Pepe, con una sonrisa cómplice, me entregó un paquete lleno de semillas de girasol.

—Aquí tienes, Sofía. Estoy seguro de que tu abuela estará muy feliz.



Metí las semillas en mi bolsillo y emprendí el camino de regreso a casa. Mientras caminaba, el cielo comenzó a nublarse y, de repente, la lluvia llenó las calles. Corrí bajo las gotas, protegiendo las semillas en mi bolsillo. Justo cuando llegué a la puerta de la casa, sentí algo extraño: las semillas comenzaban a germinar.

Con un movimiento rápido, saqué las semillas de mi bolsillo y las lancé al jardín. En cuestión de minutos, millones de girasoles comenzaron a florecer, llenando el jardín con un mar de flores doradas.

Cuando la Abue salió y vio los girasoles, su expresión cambió. En lugar de la alegría que esperaba, su mirada se llenó de tristeza y lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas.



—¿Qué he hecho mal, Abue? Pensé que te haría feliz —le dije, desconcertada y preocupada, abrazándola.

La Abue, con una mirada llena de amor y comprensión, me respondió:

—No son los girasoles, querida. Era Martín quien me hacía feliz. Y ahora que no está aquí, solo recuerdo que, antes de irse, me dio un girasol.

Comprendí en ese momento que los girasoles tenían un significado mucho más profundo para mi abuela. No eran solo flores; eran recuerdos de alguien muy especial que ya no estaba con nosotras.

—Lo siento mucho, Abue —dije con lágrimas en los ojos.

Ella me miró con ternura y me dijo:

—Tranquila, mi niña, que Martín muriera no fue tu culpa. Así que... cuidemos todos los girasoles y, poco a poco, el dolor se irá sanando.

Juntas cuidamos los girasoles y compartimos recuerdos de Martín. Mientras hacíamos esto, aprendí una lección importante: cuando alguien tiene un dolor tan profundo, es mejor preguntar antes de actuar. Pero también descubrí que el amor y la comprensión pueden ayudar a sanar los corazones heridos... con un girasol a la vez.



Abue comenzó a contar historias sobre Martín. Él había sido un hombre amable y generoso, siempre dispuesto a ayudar a los demás. La Abue describía cómo Martín encontraba tiempo, incluso en sus días más ocupados, para visitarla y llevarle un girasol. Cada girasol era un símbolo de su cariño profundo. Había sido su mejor amigo cuando era joven y seguía pensando en él con muchísimo amor.

Escuchaba atentamente, absorbiendo cada palabra. Aunque nunca había conocido a Martín, sentía una conexión profunda con él a través de las historias de mi abuela. Sabía que Martín había sido una parte muy importante de su vida y entendí mejor por qué los girasoles eran tan significativos para ella.

—Martín tenía un don especial para encontrar la belleza en las cosas simples —dijo la Abue con una

sonrisa melancólica—. Siempre me decía que los girasoles eran como pequeños soles que traían alegría a nuestro mundo. Y cada vez que me traía uno era como si me trajera un pedacito de su corazón.

Asentí, sintiendo una mezcla de tristeza y gratitud. A medida que las semanas pasaban, los girasoles crecían más y más, sus pétalos dorados brillaban bajo el sol. El jardín se había transformado en un lugar increíble, un tributo vivo al amor de Martín.





Un día, mientras trabajábamos en el jardín, encontré una vieja caja de madera enterrada bajo un girasol. La Abue me ayudó a sacarla y juntas la abrimos con cuidado. Dentro encontramos una colección de cartas y fotografías.

Las cartas eran de Martín, llenas de palabras de amor y recuerdos felices. Las fotografías mostraban momentos especiales que compartieron juntos, siempre con un girasol presente en alguna parte de la imagen.



—Estas son las cartas que Martín me escribió cuando estaba lejos —explicó la Abue sorprendida—.

Siempre me decía que los girasoles eran su forma de mantenerse cerca de mí, incluso cuando no podía estar aquí en persona.

Sentí una profunda admiración por Martín y un renovado deseo de honrar su memoria. Juntas comenzamos a leer las cartas y a mirar las fotografías, recordando a Martín y compartiendo sus historias con más detalles. Cada carta y fotografía traía una nueva ola de recuerdos y emociones.

Una tarde, mientras leíamos una vez más las cartas de Martín, tuve una idea.

—Abue, ¿qué te parece si hacemos un libro de recuerdos? Podemos juntar todas estas cartas y fotografías y agregar nuestras propias historias y dibujos

de girasoles. Así, siempre tendremos un recordatorio de Martín y de todo el amor que compartimos.

La Abue sonrió con aprobación.

—Esa es una maravillosa idea, mi niña.

Con entusiasmo, comenzamos a trabajar en nuestro proyecto. Reunimos todas las cartas y fotografías y añadí dibujos coloridos de girasoles en cada página. Escribimos historias y anécdotas, compartiendo nuestros pensamientos y sentimientos. Cada página del libro se llenaba de amor y recuerdos, creando un tesoro que podíamos guardar para siempre.

Mientras trabajábamos en el libro, el jardín de girasoles florecía a nuestro alrededor. Las flores doradas se mecían suavemente con la brisa, como si también quisieran ser parte de las historias de Martín.



Recuerdos en el jardín

¡Hay muchas
visitas en
el Jardín!
Es muy
Lindo

Nuestra generación

Nuestra
familia

Nuestros
nietos y
sus hijos

Libro de
Martín

Me sentía más conectada con mi abuela y con Martín, a pesar de no haberlo conocido.

Pronto, el jardín de girasoles se convirtió en un lugar de encuentro para el pueblo. Las personas venían a pasear y a recordar a sus seres queridos. Nos sentíamos orgullosas de haber creado un espacio tan especial, un lugar donde el amor y los recuerdos podían florecer junto con los girasoles.

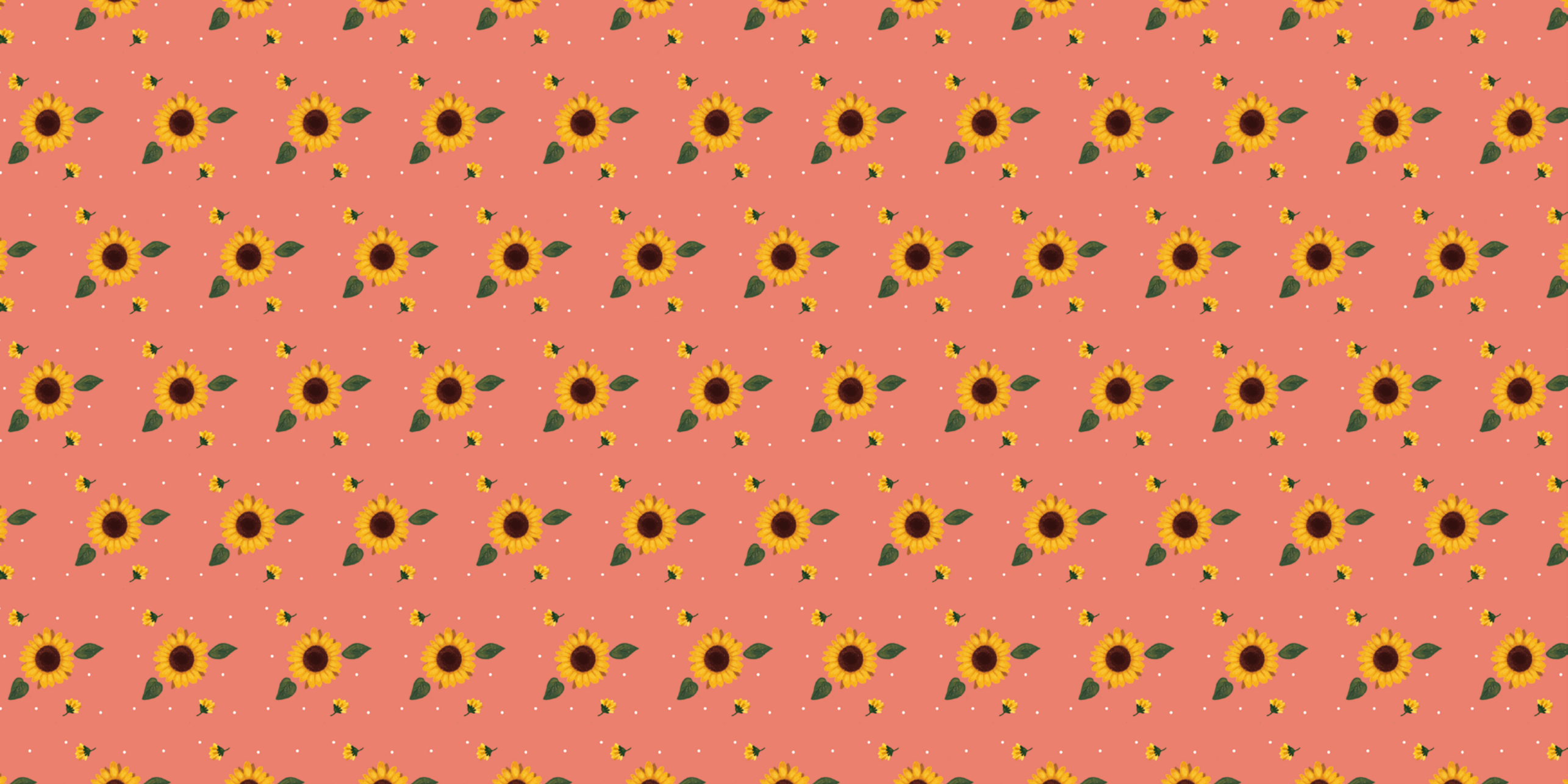
Con el tiempo, el libro de recuerdos de Martín se convirtió en un tesoro familiar, pasado de generación en generación. Las nuevas generaciones agregaban sus propias historias y dibujos, manteniendo viva la memoria de Martín y la conexión especial que compartíamos con los girasoles y con quienes ya no están.

Crecí y me convertí en una mujer fuerte y sabia, al igual que mi abuela. Siempre llevo conmigo las lecciones

que aprendí en el jardín: la importancia de preguntar antes de actuar, el poder del amor y la comprensión y la belleza de honrar a aquellos que amamos.









MUSEO
Casa de la Memoria



Alcaldía de Medellín
Distrito de
Ciencia, Tecnología e Innovación